agradable á Dios y útil á la sociedad, dotando doncellas pobres y con mil otras industrias.

La fraternidad sectaria asedia la casa del moribundo, para que no conozca su estado y peligro; para que, aunque lo desee, no halle remedio para su alma, ni cumpla con sus deberes, ni tenga el esfuerzo y alivio que da la Religión con la confesión de los pecados, la paciencia en los dolores y la esperanza del cielo; sino que muera como un bruto ó como un demonio.

La caridad católica no se queda á la puerta, sino se introduce á asistir personalmente al enfermo, á socorrerle en lo corporal y espiritual, á proporcionarle todos los medios con que se resigne en sus males, se ponga en paz con Dios, llene todas sus obligaciones, y muera santamente alentado con la confianza en la misericordia y méritos de Jesu-Cristo y protección de María Santísima.

La fraternidad sectaria socorre únicamente en lo material á los suyos ó á los que quiere suyos, con el objeto de hacer poderosa la secta y llegar á dominar en el mundo, y por ese fin activa su pérfida propaganda.

La caridad católica mira ante todo al bien del alma, que vale más que el cuerpo; no excluye de su misericordia ni aun á los sectarios y enemigos; no intenta el propio interés, sino el bien ajeno y que todos sirvan á Dios y se salven; y con ese fin sacrifican su hacienda, su bienestar y hasta su vida millares y millares de sacerdotes y de religiosos de ambos sexos, no sólo en su patria y en países cultos, sino en las más remotas y salvajes tierras del mundo.

La fraternidad sectaria hace extraordinariamente opulentos á los que más la ponderan: la caridad católica hace voluntariamente pobres á innumerables ricos que dan su hacienda á los pobres ó á la Iglesia de Cristo.

La fraternidad sectaria ejercita su filantrópica beneficencia, alegrándose locamente en espectáculos dispendiosos para enviar las sobras del festín á algunos miserables. La caridad católica llora con los que lloran; visita personalmente al enfermo y desvalido, y le consuela y socorre, no sólo de lo superfluo, sino de lo que pudiera gastar en su regalo, y á veces quitándose el pan de su propia boca.

Por fin, la fraternidad sectaria socorre con algo de lo mucho más que en las revoluciones de estos tiempos ha robado á la Iglesia, al clero, á las Ordenes religiosas, obras pías, propios y otras fundaciones; no menos que con legalizar la usura, viciar la pública administración y con impuestos arbitrarios.

La caridad católica, no sólo respeta lo ajeno, sino que da de lo propio y justamente adquirido. En 1893 las conferencias de San Vicente de Paúl dieron á los pobres, además de la visita personal y limosnas del alma, 11.232.000 pesetas, y la obra de la Propagación de la Fe empleó en 1890 6.779.363 pesetas. La estadística de esas y otras obras católicas están llenas de datos semejantes, que ignoran los que no leen sino periódicos sectarios.

LECCIÓN 77.

Dones y frutos del Espíritu Santo.

M.—Decid los dones del Espíritu Santo.

R.—Son siete: el primero, don de sabiduría; el segundo, don de entendimiento; el tercero, don de consejo; el cuarto, don de ciencia; el quinto, don de fortaleza; el sexto, don de piedad; el séptimo, don de temor de Dios.

P.—¿Qué cosas son esos dones?

R.—Dádivas preciosas con que el Señor ilustra el alma del justo y le facilita los actos virtuosos.

P.—Y los frutos, ¿que son?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

R.—Producen gozo y paz espirituales, con otros celestiales efectos, que es más útil pedirlos con humildes súplicas, que contarlos y definirlos.

Estos dones los recibe de Dios nuestro Señor todo el está en su gracia, y que por lo mismo posee las virtudes infusas.

Estas, á modo de remos, llevan con trabajo la nave de nuestra alma á través de las procelosas aguas de este mundo; mientras los dones del Espíritu Santo, cual velas hinchadas del viento, la hacen correr ligera hacia el puerto de la gloria, rompiendo á su paso y contrarrestando las furiosas olas de los siete vicios capitales. Para ese efecto, los cuatro primeros dones perfeccionan el entendimiento y sus virtudes; los tres últimos la voluntad con las suyas.

El don de sabiduría nos remonta á contemplar las verdades más altas de la religión, y da un sabor celestial en las obras virtuosas. El don de entendimiento ayuda á penetrar las verdades de la fe, á dirigirnos por ellas, y á conocer que las objeciones contra la Religión carecen de fuerza: el de consejo, á la prudencia para elegir según la virtud; el de ciencia, para tener en su justo precio las criaturas y no usar de ellas para el mal; el de fortaleza, á la virtud del mismo nombre; el de piedad, da un amor filial para con Dios y para con nuestros superiores, mientras que á éstos infunde entrañas de padres; y finalmente, el temor de Dios graba en el corazón profunda reverencia al Señor y refrena los deseos malos.

Provista y enriquecida el alma de la gracia, virtudes y dones del Espíritu Santo, produce, con su buena voluntad y el riego del favor divino, los frutos del Espíritu Santo, que son, como la fruta en el árbol, lo más suave, último y perfecto de las virtudes, á saber: Caridad, Paz, Longanimidad, Benignidad, Fe, Continencia, Gozo, Paciencia, Bondad, Mansedumbre, Modestia y Castidad.

De frutos tan apacibles admiramos pobladas las

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

vidas de los Santos, que se nos ofrecen á la vista como plantas más del cielo que de la tierra; como que, llegados á su sazón, son transplantados por el Jardinero divino al paraíso de la gloria.

LECCIÓN 78.

Sobre las Bienaventuranzas.

Las Bienaventuranzas son ocho:

1.ª Bienaventurados los pobres de espíritu.

2.ª Bienaventurados los mansos.

3.ª Bienaventurados los que lloran.

4.ª Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.

5.ª Bienaventurados los misericordiosos.

6.ª Bienaventurados los limpios de corazón.

7.ª Bienaventurados los pacíficos.

8.ª Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.

P.—¿Qué son estas ocho Bienaventuranzas?

R.—Las mejores obras de las virtudes y de los Dones del Espíritu Santo.

P.—¿Quién las enseñó?

R.—El Maestro divino, y son opuestas á las que el mundo falaz tiene por dichas.

P.—¿Quiénes son los pobres de espíritu?

R.—Los que no tienen afecto á la honra y riquezas, aun moderadas.

P.—¿Y los mansos?

R.—Los que apenas sienten ira viciosa.

P.—¿Y los que lloran?

R.—Los que dejan aun los placeres lícitos, y hacen penitencia.

P.—¿Quienes han hambre y sed de justicia?

R.—Los que buscan con ansia el deber en todo.

P.—Y los misericordiosos ¿quiénes son?

R.—Los muy piadosos aun con los extraños.

P.—¿Y los limpios de corazón?

R.—Los que son del todo mortificados en sus pasiones, procurando evitar la menor culpa.

P.—¿Y los pacíficos?

R.—Los obradores de paz en sí y en otros.

P.—¿Quiénes padecen persecución por la justicia?

R.—Los constantes en su deber, aunque los persigan y los maten.

Lo más rico y sabroso de los frutos que producen en el alma las virtudes y los dones del Espíritu Santo, son las ocho bienaventuranzas, por las cuales empezó su divina predicación el Redentor y Maestro de los hombres nuestro Señor Jesu-Cristo.

Como Dios no nos crió para el mundo, sino para el cielo, así sólo en el cielo hallaremos nuestra bienaventuranza perfecta, gozando el sumo bien para que fuimos criados: y en esta vida la mayor bienaventuranza posible consiste en la mayor esperanza de conseguir el cielo. Esta esperanza es tanto mayor, cuanto más santa es nuestra vida; y por eso el que con la gracia, virtudes y dones del Espíritu Santo cumple todos los Mandamientos y los deberes de su estado y oficio, y además llega á producir los doce frutos, y aun estos más excelentes que se llaman bienaventuranzas, en que se incluyen los consejos del Evangelio; ese logra en esta vida la bienaventuranza posible, y en la eterna la perfecta, con la vista del mismo Dios en un grado de particular excelencia.

Hay más: si no fuéramos pecadores, aunque no hallaríamos bienaventuranza completa sino en el cielo; con todo, la imperfecta de esta vida la hubiéramos conseguido por un camino más fácil, sin tener que guerrear contra desordenadas pasiones, ni hacer penitencia por nuestras culpas. Pero siendo, como somos, pecadores, no hay otro camino sino la penitencia y el vencimiento propio para poder servir á Dios.

Y cuanto más nos limpiemos del pecado y domemos los apetitos que á él inclinan; con tanta más facilidad

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

y gozo conseguiremos, ayudados de Dios, la santidad y la bienaventuranza. A esto nos anima el Maestro divino en su sermón de las Bienaventuranzas, después de haber El mismo practicado por treinta años, del modo más perfecto, esa misma doctrina.

Los mundanos, como no piensan en otra vida, van por camino enteramente contrario, y se imaginan locamente que hallarán felicidad dejándose llevar de todos sus apetitos; pero ni la han hallado ni la hallarán, sino cada vez más desdichas, y por fin la desesperación, la muerte y el infierno. La única felicidad á que anhelan es la presente: ahora bien: todo lo que el mundo ofrece, como dice San Juan, se reduce á honores, riquezas y placeres. Eso desea para sí el mundano, eso busca por cualquier medio, y trata de aumentar más y más. Pero es un hecho contra el cual es impotente el mundo todo, que ni esos bienes sacian el corazón, porque no lo hizo Dios para ellos; ni están en manos de quien los quiere, porque tampoco quiso Dios que sean medios necesarios para el fin á que nos destinó. El ansia misma con que se pretenden y conservan esas cosas, los opositores que se atraviesan, la zozobra de poder perderlas, la enfermedad, el hastío acibaran todas esas dichas, y también los remordimientos, y por fin, acaba con todas de un solo golpe la muerte.

Las tres primeras bienaventuranzas arrancan de cuajo el deseo de bienes terrenos; con que, si Dios los da, se gozan honesta y tranquilamente, y si los niega ó quita, no se quieren: con la cuarta, se aviva el ansia de la virtud, bien que Dios da á cuantos lo buscan, el mayor de esta vida, y que nadie nos puede arrebatar: la quinta, consiste en hacer bien á todos, medio el mejor para ser amado y gozar satisfacción: la sexta, desarraiga lo que dentro de nosotros nos inquieta, á saber, el desorden de cualquier pasión y el remordimiento de la conciencia, hijo de la culpa: la séptima, nos convida á disfrutar la paz, fruto de las anteriores

y á conservarla en todos: y con la octava, no es capaz de quitarnos esa paz ninguna fuerza extraña, aunque llegue á despojarnos de la vida.

Dígase ahora si hay hombre más feliz en este mundo, sea rico ó pobre, esté enfermo ó sano, honrado ó perseguido, que el hombre santo que posee esas ocho bienaventuranzas. Para el cristiano basta para creerlo la palabra de Cristo, y para creer que el mundo es necio en buscar otras.

P.—¿Qué premio ofrece el Señor á cada bienaventuranza?
R.—El reino de los cielos con particular excelencia.
P.—¿Es preciso para salvarse tener esas bienaventuranzas?
R.—No es preciso, en lo que á los Mandamientos añaden.
P.—¿Por qué se llaman bienaventuranzas?
R.—Porque en ellas consiste la felicidad de esta vida y la esperanza de la otra.
P.—¿No se logra eso mismo con guardar los Mandamientos?
R.—Sí, padre; pero se logra mejor, si se añaden las bienaventuranzas.

Ya dijimos que la perfecta bienaventuranza, premio de estos tan excelentes frutos, la da Dios en el cielo. Cuanto más uno se señala en actos tan preciosos, tantos más méritos atesora, y más gozará de Dios eternamente. Además, se le dará el premio accidental ó especial; á más humillaciones llevadas por Cristo, más honra; á más pobreza, más bienes celestiales; y así en lo demás. Aun en esta vida regala Dios, como por gaje, bienes mayores que los que por su amor se dejan; pero como no siempre son de la misma clase, y no pocas veces se esconden á nuestros ojos; no hacemos mucho hincapié en indagar cuáles puedan ser los que el mismo Cristo indica en su Evangelio, y que hemos omitido aquí siguiendo á las Sinodales Toledanas.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U A N L

APÉNDICE

Lazos de los sectarios; doctrina católica contra el liberalismo, francmasonería y otras sectas; remedio en el Sagrado Corazón de Jesús; señales del fin del mundo.

Estos puntos trata aquí el Catecismo.

M.—Bien sabido este apéndice, las personas de letras han de estudiar con detención el *Syllabus* de Pío IX con sus Encíclicas y las de León XIII, que se venden en las librerías católicas, y también pueden verse en el *Boletín* de la diócesis (1).

A los que estudian el *Syllabus* de Pío IX y las Encíclicas de León XIII, esos mismos documentos servirán de explicación y juntamente de pruebas las más autorizadas de cuanto contiene este Apéndice; y si á ese estudio añaden la lectura de las Pastorales con que los Obispos han explicado á los fieles la doctrina del Papa, y la de alguno, entre los muchos libros que, con aprobación de la autoridad eclesiástica, han tratado estas materias; entonces podrán darse por sólida y suficientemente instruídos en ellas. De esos libros, el más autorizado acerca del liberalismo es el del señor D. Félix Sardá y Salvany, *El Liberalismo es pecado;* pues tiene la aprobación, no sólo del Ordinario, sino de la Sagrada Congregación del Indice, y esto en juicio contradictorio. El mismo insigne defensor de la

(1) Allí están las reglas prácticas que á los católicos españoles dieron nuestros señores Obispos en Zaragoza, año de 1890, y que atañen principalmente á la vida pública. Los fieles de otras naciones hallarán las de sus Prelados en el *Boletín* respectivo.